

La sonrisa de Sor Juana

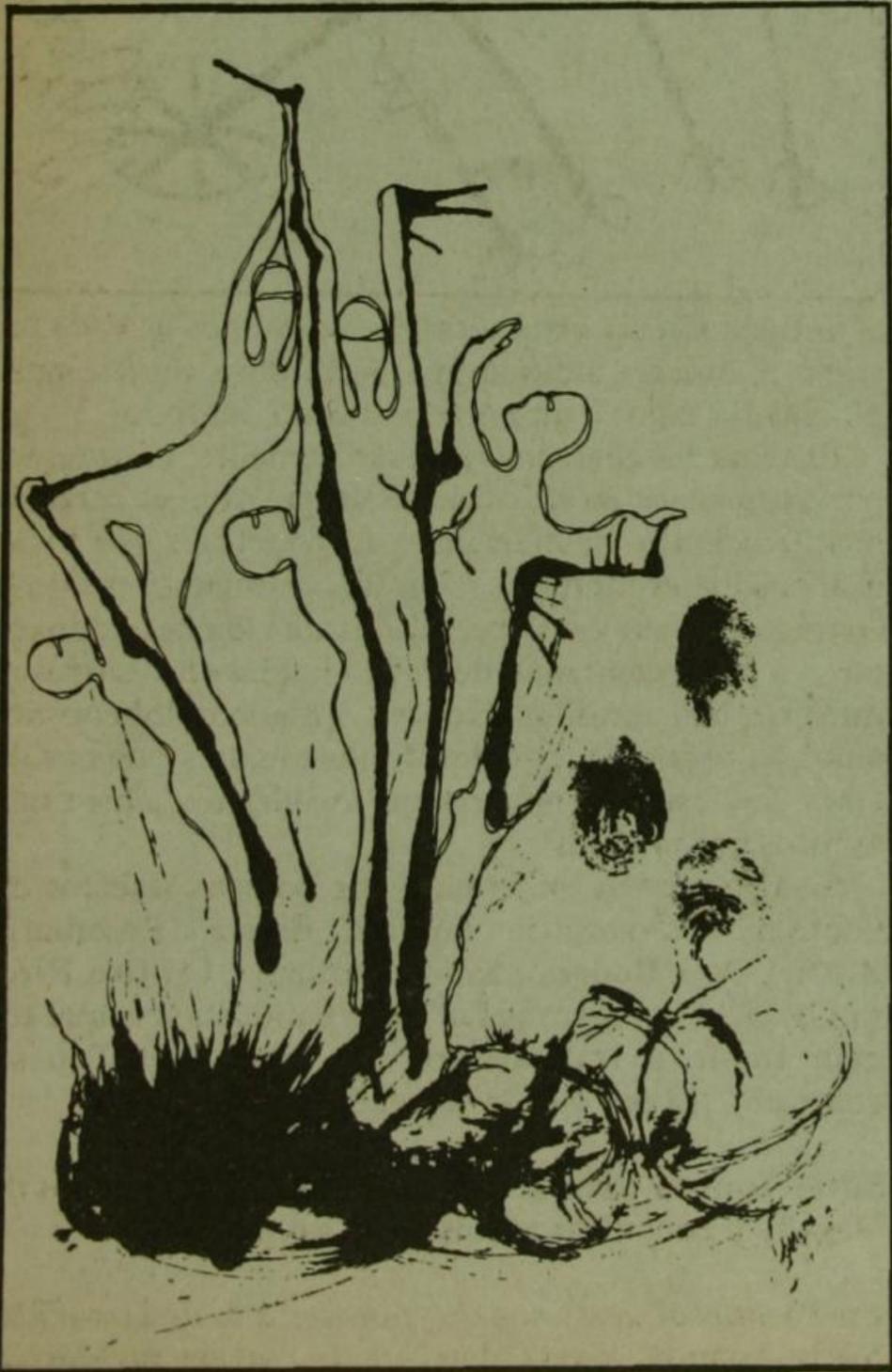
Juan Carlos Bautista*
(Colectivo Masiosare)

*Sé que nací tan poeta,
que azotada, como Ovidio
suenan en verso mis quejas. . .*

Sor Juana Inés de la Cruz

*A Sonia y Norma, como amuleto
para que se amen siempre.*

• **¿** Cuánto debió pasar desde que Rosario Castellanos describiera en *Lamentación de Dido* el entonces intransferible destino de la mujer (sujeta a un hombre siempre ausente, “rama de sauce que llora a la orilla de los ríos”) hasta el momento en



que Rosamaría Roffiel decidiera comenzar su novela con la frase lapidaria: *Los hombres son una subcategoría?*

Treinta y cinco años son lo de menos. La transformación del punto de vista evidencia la profunda metamorfosis de la sociedad mexicana en los años recientes sobre factores innumerables; la asimilación de la experiencia del '68 en sus variadas significaciones; la incorporación salvaje de las mujeres al aparato productivo; el crecimiento desmesurado de las ciudades (y con ello el surgimiento de espacios de permisibilidad antes impensables); la emergencia de los movimientos alternativos —especialmente el feminista y el de liberación de lesbianas y homosexuales—; la Revolución Sexual (aun cuando su versión local fuera reducida a la contracepción); las intensas jornadas cívicas de 1985 y 1988. Tuvo que pasar Avándaro a destruirle las piernas a Popotitos. Tuvo que suceder, aunque fuera marginalmente, la política sexual.

La actual explosión demográfica de poetisas muestra un movimiento definitivo: las mujeres hablan ya de lo que se les pega la gana, hablan de sí mismas y hablan demasiado bien.

José Joaquín Blanco ha sido injustamente severo al criticar de lloricona a Rosario Castellanos, pero tal vez hoy las conclusiones tremendas que derivan del recuento de agravios serían en buena parte incomprensibles. ¿Debemos entender por ello que ha cambiado radicalmente la situación de las mujeres? Tal vez no tanto. Pero, sin duda, se han movido los límites.

Hoy, la “poesía femenina” es imposible porque no hay nada en definitiva que unifique las variadísimas escrituras de estas mujeres. Existen actitudes y temas que se repiten (la exploración dichosa de sus cuerpos, por ejemplo), pero no se puede desprender de ahí generalización alguna. Este mosaico múltiple está escribiendo la poesía más novedosa, fresca y experimental entre los jóvenes —y no me parece exagerado afirmarlo, porque el fenómeno no tiene por qué ser para siempre ni, por supuesto, para todos los casos.

En tanto que hablan como fundadoras, sus voces tienen por hoy un deslumbramiento y una intesidad difícil de advertir entre los varones. Por fortuna se deshicieron de los Grandes-Temas y han sacado de quicio al Eterno Femenino. Son precoces y en muchas el sambenito “poeta joven” es meramente descriptivo. ¿Cómo explicar y unificar obsesiones, estilos y actitudes tan distintas?

Por supuesto, no basta traer a cuento las resonancias del '68 y el desarrollo cultural de los últimos años para explicar cabalmente la prodigiosa destreza verbal de una Coral Bracho, la magnífica y definitiva manera de explorar fronteras y fundar sensibilidades de una Silvia Tomasa Rivera, la madurez formal de Verónica Volkow, la pertinencia de una odiadora y rabiosa intachable como María de Lourdes Santos (desgraciadamente casi desconocida).

La constelación es brillante y extensa. El silencio se ha roto definitivamente y ya no hay (por decisión propia) espacios vedados. El orgasmo, la cantina, la ciudad, las contradicciones ideológicas (y no solamente al lavar los platos), la erudición, el lesbianismo: cualquier afán taxonómico resulta inútil porque hoy para ellas todo es enteramente posible.

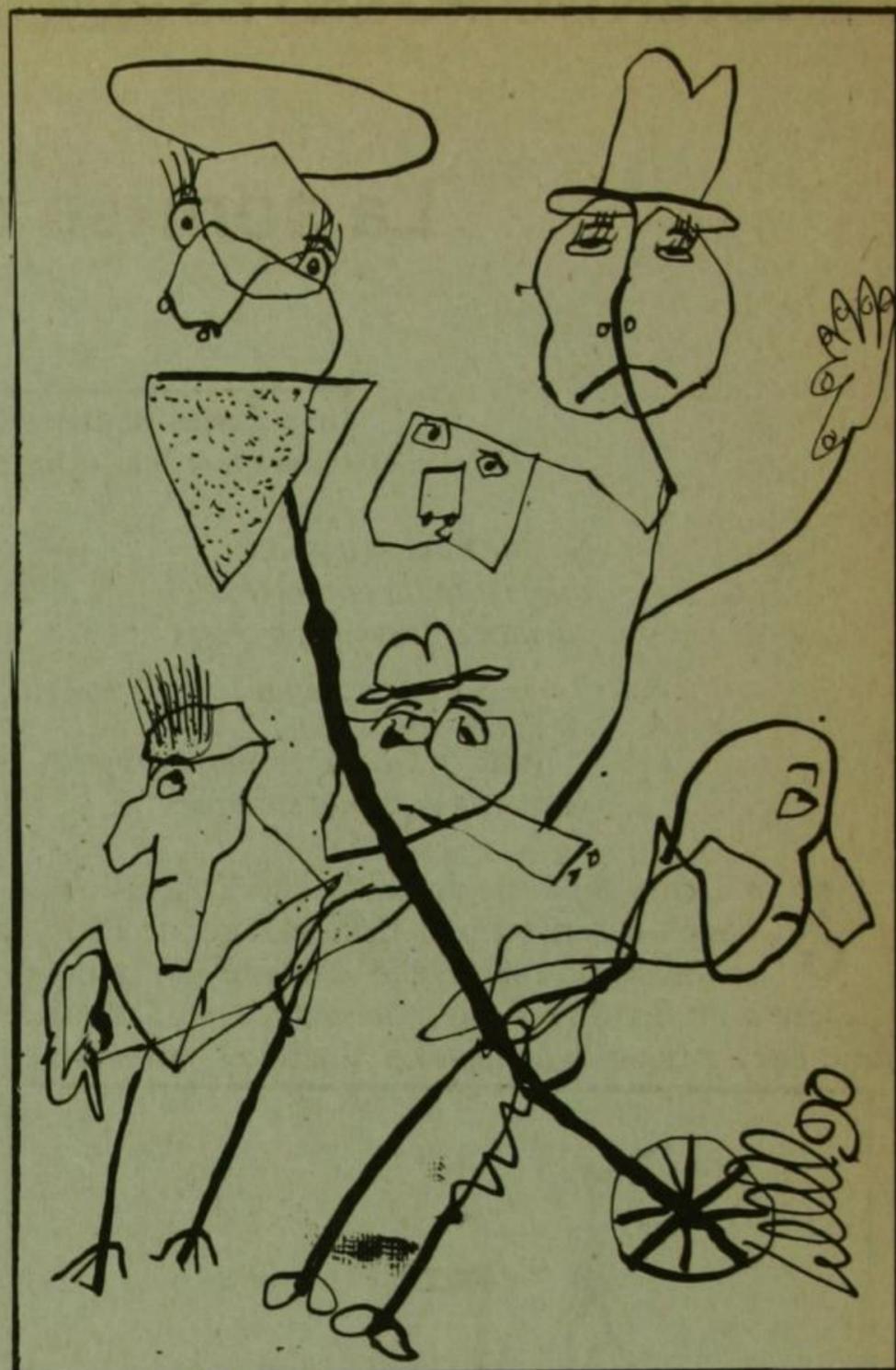
II

Quiero detenerme con morbo especial en las lesbianas que escriben poesía, no porque me parezca que exista algo así como una "cultura lésbica", sino porque creo que con ellas hemos llegado a una frontera temática antes inimaginable. Pero, ¿deveras es nuevo el tema dentro de la poesía mexicana?

La poesía de las lesbianas de nuestro país empezó demasiado bien con Sor Juana Inés de la Cruz, quien dedicó sus poemas de amor más extraordinarios a la marquezita de La Laguna, a quien en el romance titulado "Puro Amor y sin deseo de Indecencias, puede sentir lo que el más profano" decía: "Ser mujer, ni estar ausente, / no es de amante impedimento, / pues sabe tú que las almas / distancia ignoran y sexo" (la "desexualización" del alma sería más tarde uno de los recursos más socorridos para justificar la homosexualidad).

Pero no nos engañemos ni alucinemos en Sor Juana a una Nancy Cárdenas a punto de decirle a ese travestista epistolar que fue Sor Filotea de la Cruz la verdadera índole de sus amores. Demasiado hizo la monja con inaugurar la defensa de los derechos de la mujer.

Y Efrén Rebolledo. . . ¿no tocó con inusual desenvoltura y elegancia el tema? Sin duda, pero tampoco aquí nos llamemos a equívocos. En el porfiriato, México, entre otros afrancesamientos, importó la fascinación por el Bello Mal, la puesta en escena utópica entre guirnaldas evanescentes y danzas interminables de una forma de amor cuya realidad social no era tan bucólica. "El beso de Safo" de Rebolledo es la climatización entre nopales del exquisitismo decadentista que llegó a sus momentos cumbres con la "Afrodita" y "Las canciones de Bilitis" de Pierre Louys (y lo mismo se puede decir de ese conjunto de textos publicados por Acaria como "Cuentos lésbicos", anónimos, aparecidos en una biblioteca de Guadalajara, que bien pueden ser atribuidos a un contemporáneo de Rebolledo). Como diría Alison Hennegan: "Es en realidad



la antigua Grecia vista a través de los ojos de cada parisino mundano a quien una ligera dosis de lesbianismo añadía sabor a un mundo saciado del tódo".¹

El tema ha aparecido esporádicamente, pero nunca por las propias interesadas y siempre con su carga de mistificación y de tragedia.² Los factores que hicieron posible la multiplicación hizo también posible la aparición de mujeres con modos de vida heterodoxos que ya no necesariamente deben hablar en susurros ni moverse bajo presión excesiva. ¡Blanco Moheno nos ampare, resulta que varios de los mejores poemas de amor dedicados a mujeres en los últimos años están escritos por mujeres!

Si algo tienen en común los poemas lésbicos de poetisas como Silvia Tomasa Rivera, Rosamaría Roffiel, Ana Rodrigo, Sabina Berman y Cristina Rivera Garza es la "naturalidad" y la equidistancia que toman frente a tratamientos del tipo "Bilitis" o su contrario "El pozo de la soledad".

Silvia Tomasa Rivera: "Yo quisiera leer los pechos de Magally y encontrar a Dios entre sus piernas".

En *Poemas al desconocido, poemas a la desconocida*, Silvia Tomasa Rivera descubre la cortina no sólo al

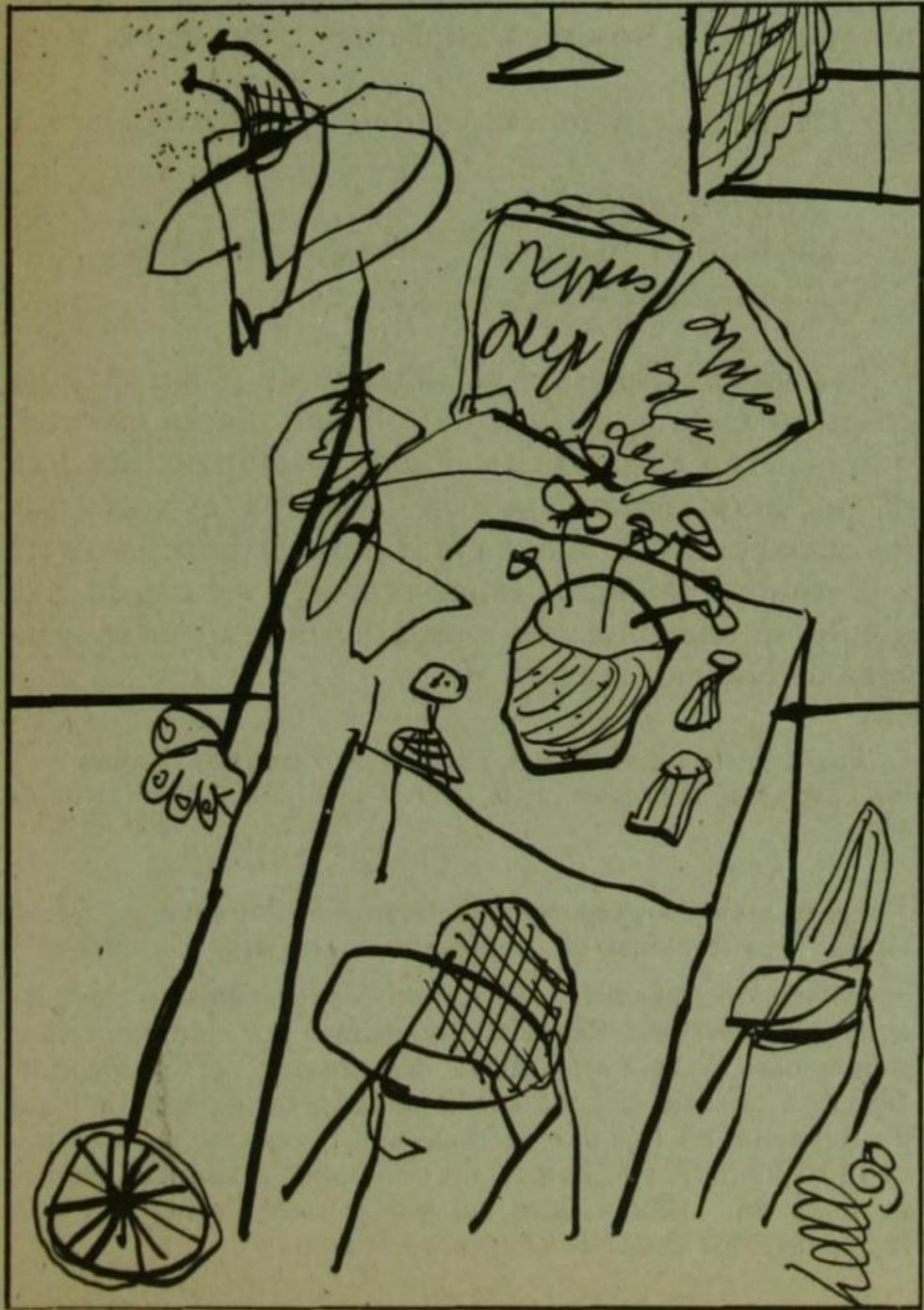
amor entre mujeres sino a la promiscuidad (otro tema prohibido). Apasionada, sentimental a veces, no teme los riesgos de la vociferación, ni de la ternura, ni de la contradicción. Lo mismo toma sus recursos de la fábula infantil, que de la imaginación bohemia, que de la canción romántica. Sin miedos, como si la cuerda floja fuera su espacio natural.

Proclive a la ebriedad, en los poemas a la "amada desconocida" no hay ni asomo de sensacionalismo o fantochería. Hay una pasión veraz que no establece circunscripciones sensoriales y una seguridad de que las reverencias no valen para nadie, ni para sí misma: "¿De qué se trata, puta, a qué jugamos?"

En la mejor tradición de la poesía lírica, cree devotamente en la razón de los sentimientos y en el impulso. Como Jaime Sabines, santo laico, en Silvia Tomasa la pasión es un evangelio y como en aquél el pecado y la redención están, venturosamente, en la carne.

Rosamaría Roffiel: "Mi vulva es una flor"

Corramos libres ahora de Rosamaría Roffiel reúne un conjunto de poemas animados por la solidaridad y el amor decididamente tierno y fraternal. Si Silvia Tomasa Rivera es proclive a la ebriedad, la Roffiel tiende una y otra vez a la dicha.



Sin tomarse demasiado en serio ni preguntarse ni por asomo sobre el papel del Poeta o por las definiciones apabullantes, Rosamaría es fresca, sincera hasta la inocencia formal, valerosa al asumir los riesgos que la pondrían al borde de la sensiblería y que la salvan en una poesía de extremada sencillez, sumamente respirable.

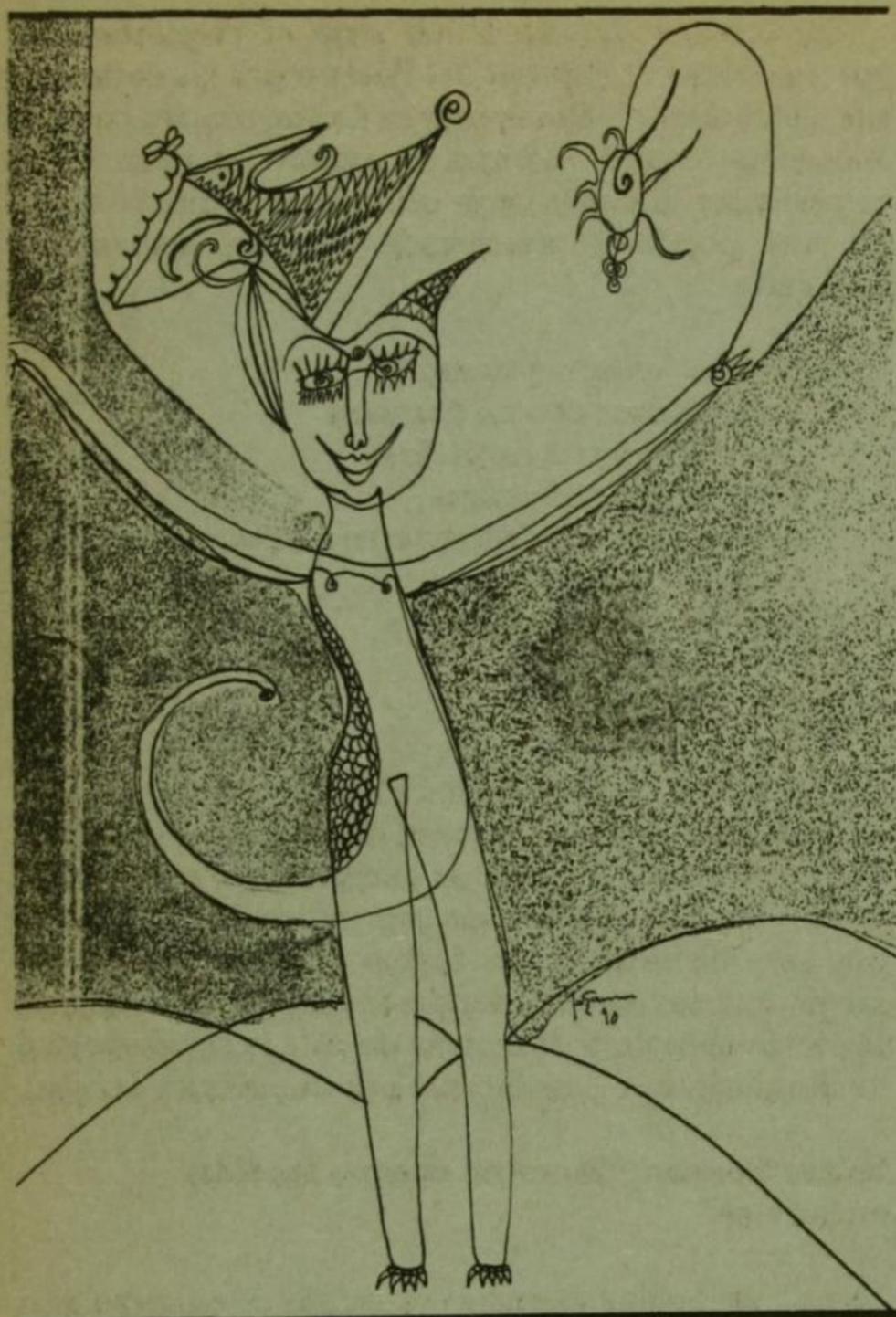
Una vez quise ser hombre
para casarme con mi hermana
que ya lleva tres divorcios
para amar a mis amigas
que en cada relación mueren un poco.
Quise ser hombre
para fecundar sus vientres
no de hijos
sino de poesía. . .

¿De dónde provienen los elementos más notorios de su poesía? En primer lugar, de un feminismo filtrado con la mejor fortuna, ni quejumbroso ni ramplón; de la experiencia diaria de una mujer de clase media que sabe disfrutar en sus luchas y en las camas. A pesar de que sus moldes declarados los toma a veces de Mario Benedetti, a diferencia de éste la cotidianeidad de Rosamaría es convincente por impulsiva y sensual.

Sabina Berman: "Nuestras cuerpos tendidas en la cama"

Lunas, de Sabina Berman, es quizás el esfuerzo más unitario y ambicioso por testimoniar el enamoramiento entre dos mujeres publicado hasta hoy por una escritora mexicana. Intento de alcances desiguales en sus partes, configura, en cambio, un conjunto emocionante, un texto donde las formas se deben rendir al propósito, clarísimo, de la autora: dibujar, fijar en el papel a la mujer amada y ponerse en claro un amor para el que ella misma se declara novata. Se trata de fundar algo para lo que no existen suficientes palabras y se ha dicho apenas poco; por eso Berman acude a la enumeración gozosa, a la repetición, al juego visual de asteriscos y letras que sólo cumplen un afán estético, relata, canta, feminiza el vocabulario: Jugando yo/ con las pezones/ tuyas/ ay qué tiernas capullitas/ de rosa rosa/ Y tú jugando con las palabras: la silencio, la frescura,/ la noche,/ la luna,/ lala ra lá.

Sabina Berman, que es conocida por sus obras dramáticas (ha ganado cuatro veces el Premio Nacional de Teatro y para algunos, como Carlos Solórzano, se trata de la autora más brillante de su generación) hace uso constante de recursos que provienen más de la dramaturgia que de la poesía (el diálogo, la descripción de atmósfera, de movimientos); a veces es excesivamente detallista y poco cuidadosa al momento de "limpiar" la escritura, pero su fortuna está en el aliento sostenido de *lunas* y en sus estados de ánimo con-



tagiosos, "como si fuera a morir de pronto o fuera a nacer de golpe".

Ana Rodrigo: "... el beso es también una forma de la rabia"

Los poemas de Ana Rodrigo tal vez deban leerse como estelas, textos cifrados, sin confesiones y sin facilidades para el lector. Contensa, artesana minuciosa, Ana nos entrega el poema luego de un arduo trabajo de depuración y sólo después de haber librado una buena pelea contra su reticencia.

En los *Poemas de Hania*, la autora no propone un juego de desnudamientos sino un cruce de caminos donde el lector debe aventurar cultura y sagacidad. No tiende por ello al hermetismo, más bien a la complicidad. Y establecido este pacto, Ana Rodrigo recorre el gozo y el dolor, la angustia y la rabia y los traslada a una escritura culta, que a ratos se antoja, ilusoriamente, automática.

Como pájaros heridos tus dedos resbalan
se bifurca en las inmediaciones
de este aleteo en el cual
persiguiéndonos te encuentro violeta
incompleto arco iris

te descubro centella
en la ira de un amanecer desvelado
ebrio bebiéndose tu aliento
como un músico de taberna
explorador casi inerme
a tus dientes fugaces
de pradera celo hambre

Cristina Rivera Garza: "No se juega a la muerte en solitario"

La inteligencia es la principal pasión de Cristina Rivera Garza. Con ella sondea, interroga, pone en claro los acertijos que sus otras pasiones le plantean. Una sensibilidad formada en la alerta moral y en el pesimismo humanista de Rosario Castellanos engendra sus preocupaciones. Brillante, no teme sacar a relucir, para entenderlos, el terror, las venganzas cotidianas, los asesinatos de todos los días, los pequeños y medianos juegos de poder que se establecen cuando dos cuerpos se encuentran:

De cada mano no es caricia lo que nace
es un látigo presto sobre el lomo de los otros...

Quizá valga la pena, para terminar, traer a cuento nuevamente a Rosario Castellanos. Una vez escribió:

"Cuando yo muera, dadme la muerte que me falta
y no me recordéis,
no repetáis mi nombre hasta que el aire sea
transparente otra vez".

Las mujeres se están encargando de poner muchas cosas en claro y es justo no olvidar el gran esfuerzo que hicieron Rosario Castellanos y, también, Sor Juana por abrir camino. ¿Quién callará ya las voces que les sucedieron? El amor entre mujeres nunca volverá a la sombra. Podemos estar seguros y seguras de que, donde se encuentre, la monja jerónima sonríe, vengada de la mejor manera. *Jm*

* Texto leído en el Primer Foro sobre Derechos Humanos de las Lesbianas, realizado en la UNAM el 6, 7 y 8 de octubre de 1989.

¹ En el artículo publicado en *Opus Gay*, número 2, bajo el título "Las lesbianas en la literatura, ¿mujeres o quimeras?"

² La versión trágica y la adulcorada del lesbianismo aparecen aquí y allá; en José Revueltas, pongamos por ejemplo para el primer caso, y en Carlos Oliva, pongámoslo para el segundo. De Oliva no vale la pena añadir nada; pero la pareja lesbiana de Revueltas en *Los días terrenales*, está movida por una piedad profunda. Por lo demás, no podemos "acusar" al escritor de tener una visión trágica del lesbianismo, cuando era igual la que dispensaba a todo el género humano.